

(concretamente otra con castillo que tomó El Cid), tomamos nota del párrafo en espera de investigar el significativo detalle de si la iglesia de la Puebla de Alcocer se llamaba o no, de Santiago. Pasando con nuestro amigo y paisano, el seminarista don Angel Alvarez, le expusimos detalladamente el resultado de nuestras investigaciones, y nos aseguró haber visto el mismo dos días antes en Herrera del Duque, una partida de Bautismo expedida por la *Iglesia de Santiago, de Puebla de Alcocer*. Ya no cabía, pues, duda, pero para mayor abundamiento, al siguiente día nos personamos en el domicilio del señor Cura de nuestro pueblo, don José Ramos Moreno al cual enteramos de los datos hallados y nos aseguró que, efectivamente, *la iglesia de Puebla de Alcocer se llamaba de Santiago*. Lo mismo él que las demás personas reseñadas en este trabajo, nos autorizaron a publicar sus nombres, como justificante verídico de lo que nos dijeron.

Resumiendo este capítulo, salta a la vista:

1.º Que según un libro editado en Madrid por la Editorial Hernando, don Pedro fue enterrado en la iglesia de Santiago de la Villa de Alcocer.

2.º Que la iglesia de Puebla de Alcocer, se llama de Santiago.

3.º Que es más lógico que fuera enterrado cerca de donde murió, que no a centenares de kilómetros, (Montiel que cita la Historia).

4.º Que murió en *Las Casas de Don Pedro*, en el lugar de Montiel (a dos kilómetros del pueblo) y que fue enterrado en *Puebla de Alcocer* a 12 kilómetros del aludido Montiel).

Todo parece lógico, natural, sencillo. Admitimos la refutación si hay quien la haga, con detalles tan precisos como los nuestros. Mientras no se demuestre lo contrario, admitimos y defendemos que murió y fue enterrado en esta zona de la provincia de Badajoz.

Quizá algún lector crea que lo mismo da que muriera en Badajoz o en otro lugar. Efectivamente, así parece, a primera vista. Pero la Historia hay que canalizarla por caminos de verdad y Extremadura ganaría, de ser cierta nuestra tesis, valor turístico. Y valor histórico, pues parece que nuestra región es el refugio voluntario o forzado de los Reyes más característicos de nuestra Historia: Carlos V en Yuste, Fernando el Católico en Madrigalejo, el rey don Pedro el Cruel en Casas de Don Pedro... a la hora de morir.



## Romance del Alférez Miguel

A la memoria de mi hermano, que fue quince días Alférez en el 7.º de Regulares de Larache.

*Tenia en gozo y al aire  
abierta la vida nueva  
de lumbres y sal sembrada  
de los pies a la cabeza.*

*Tenia limpia de agraces  
siempre la sonrisa abierta  
y el ímpetu marinero  
navegando a toda vela.*

*Igual que un joven azor,  
tenía el ala ligera  
y buidas, como dardos,  
las hondas pupilas negras.*

*Y en el azul, bien vestido,  
de dieciséis primaveras,  
bordado en rojo de sangre  
tenía las cinco flechas.*

\* \* \*

*Le acariciaron los aires  
afilados de la sierra  
del Puerto de Santa Cruz,  
de Rena y Villar de Rena;*

*le vió la Imperial Ciudad,  
desde sus puertas abiertas,*

*por vegas y cigarrales  
velándole centinelas*

*y, desvelado de sueño,  
al borde de las trincheras,  
soñaba entrar en Madrid  
y clavarle una bandera.*

\* \* \*

*Sobre una noche chiquita,  
alegre de puro negra,  
le bordaron la diana,  
con seis rumbos de una estrella,  
que le signó caballero  
al Este de la guerrera  
y una mañana sin luz  
ni gracia de sol ni alerta  
de árbol, de río ni de pájaro...  
yerma, Señor, toda yerma,  
le acertaron en el pecho,  
justo en el oro.*

*La estrella  
se enjoyaba de rubies  
como una viva bandera.*

\* \* \*

*Con la sonrisa en los labios  
—sobre la camisa nueva  
bordada en rojo de sangre  
reclinada la cabeza—  
quedó cara a los luceros.*

*En la herida descubierta,  
el otro Arcángel Miguel,  
con finas moradas hebras,  
al borde del corazón  
le iba bordando otra estrella.*

José CANAL

## Marta y Claudina

(CUENTO)



— dijo mirándome con sus ojos claros y alegres — Sí. Yo también te quiero.

Estaba ante mí, sonriente, en la actitud de quien acaba de adoptar una resolución.

— ¿Para siempre, Marta?

— Para siempre, claro que sí.

Dejó de sonreír, y me echó los brazos al cuello. Así era ella.

Mi corazón galopaba. Aquello era la culminación de un año largo de asedio amoroso, una victoria sentimental conseguida cuando, en realidad, yo estaba comenzando a desesperar. Durante muchos meses, mi porfía, mi devoción no habían cosechado más que una sarta de fracasos. Marta se había convertido en una obsesión de mi cerebro, en un anhelo insaciado y ferviente de mi alma. Sin ella no existía el gozo de la vida; las pequeñas alegrías cotidianas carecían de sabor y de sentido. Sólo cuando mis ojos encontraban la luz de los suyos, se iluminaba mi existencia y se abría como una flor el contento de vivir.

Quando se desasí de mis brazos, le pregunté:

— ¿Y Claudina? ¿Qué dirá Claudina?

— ¡Figúrate! ¡Estará contentísima!

Yo también lo esperaba. Claudina favoreció siempre que pudo mis esfuerzos por acercarme a su hermana, aquel mosconeó mío de tantos meses por atraer su atención y su cariño. Fue una fiel aliada, acaso no muy eficaz, porque Claudina era poco expansiva, muy soñadora, tímida, vivía un tanto supeditada a la desbordada actividad de Marta.

Una u otra de las dos hermanas — eran huérfanas, y vivían solas — pasaba todos los días a la misma hora de la tarde por la calle donde tenían establecida toda de perfumería. Yo las miraba a través del ventanal de mi despacho, y siempre me sorprendía la disimilitud de sus figuras, de su temperamento y sus maneras.

Marta era rubia, esbelta, muy movediza y alegre, quizás un poco desdenosa y burlona, pero es que la alegría y la risa le retozaban dentro del cuerpo.

Claudina, en cambio, caminaba con cierta languidez; tenía el cuerpo más pleno que la otra, el pelo negro como la endrina, y desde el fondo de sus ojos oscuros lo contemplaba todo con indecible melancolía.